

Trayectos sensibles de la memoria: los lenguajes del recuerdo en la comunidad amalfitana afectada por el conflicto armado colombiano

Sensitive trajectories of memory: the languages of remembrance in the Amalfi community affected by the Colombian armed conflict

Diana Marcela Serna López *
Silvia Milena Zapata Trujillo **

Resumen

Este artículo surge del trabajo de grado *Configuración de trayectos sensibles de la memoria, en clave de subjetividad, con la mesa de víctimas del municipio de Amalfi a través de los lenguajes orgánicos, corporales y artísticos* (Serna y Zapata, 2022), el cual indagó y documentó en clave de memoria cómo se configuran las subjetividades de las personas en el municipio de Amalfi, a través de la interpretación y construcción de narrativas en trayectos sensibles de la memoria, que dan cuenta de las emociones y sentimientos, los cuales configuran su existencia como ciudadanos amalfitanos que además se identifican y reconocen en sus formas de actuar y en las experiencias de vida dentro del contexto social, cultural, económico y político en las dinámicas del territorio.

Palabras clave: subjetividad, memorias sensibles, espacios de creación, conflicto armado, resignificación.

Abstract

This article arises from the graduate work *Configuration of sensitive memory trajectories, in the key of subjectivity, with the victims' table of the municipality of Amalfi through organic, corporal and artistic languages*, which investigated and documented in the key of memory, how the subjectivities of the people in the municipality of Amalfi are configured through the interpretation and construction of narratives in sensitive memory trajectories, which give account of emotions and feelings, which shape their existence as Amalfi citizens

* Licenciada en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia. Ganadora de la Beca de Creación del Ministerio de Cultura de Colombia – programa Estímulos 2021.

** Licenciada en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia. Ganadora de la Beca de Creación del Ministerio de Cultura de Colombia – programa Estímulos 2021.

who also identify and recognize themselves in their ways of acting and life experiences within the social, cultural, economic and political context in the dynamics of the territory.

Keywords: subjectivity, sensitive memories, spaces of creation, armed conflict, resignification.

Introducción

La investigación sensible es una práctica que le permite al sujeto desarrollar habilidades, mediante la cual se le hace posible vincularse a un contexto que le permita comprender realidades y entenderse a sí mismo, dejándose guiar por los encuentros y desencuentros en la convivencia con el otro en un espacio. En esta medida, es necesario sentir, crear, experimentar y expresar para indagar, en eso otro, aquello que se desea encontrar.

Es clara la existencia de diferentes vehículos de sensibilidad, como la imagen, el olor, el sabor, el sonido y el movimiento, entre otros, que permiten nuevas formas de comprender el mundo no solo por la comprensión misma, sino para otorgarle sentido a algo o alguien, siendo así, se busca poner en análisis las construcciones sensitivas y sensibles de cada persona y cada comunidad, con la que puede realizar una interpretación subjetiva de las experiencias de vida en un territorio.

El ser humano es bastante complejo y se encuentra atravesado por el lenguaje, el pensamiento, el cuerpo y los sentidos; cuando experimenta acontecimientos fuertes, todo se moviliza y se transforma, de ahí la necesidad de vivir una práctica sensible que le permita resignificar la experiencia vivida. En concordancia, abordar la construcción de trayectos sensibles de la memoria en clave de subjetividad permite entender las relaciones entre identidad y memoria, así como entre experiencia y manifestación, desde los relatos, narraciones y recuerdos de las personas afectadas por un hecho traumático en clave de acciones de resignificación.

Con esta apuesta de investigación y formación se buscó impactar la comunidad de personas congregadas a través de la Mesa Municipal

de Víctimas, por medio de la implementación de talleres en los que se configuran trayectos sensibles de la memoria desde las subjetividades individuales y colectivas, apoyadas en la exploración de los lenguajes orgánicos, corporales y artísticos. En ese sentido, tener en cuenta que Amalfi es un territorio con un gran número de ciudadanos inscritos en el Registro Único de Víctimas (RUV) como resultado de varias décadas de conflicto armado en la región, por lo que existe la necesidad de emprender acciones para la recuperación de la memoria desde las lógicas de sus pobladores, de tal manera que se permita apoyar a los ciudadanos en sus búsquedas propias y agrupadas, a fin de atemperar en alguna medida los daños, pérdidas, angustias presentes en sus vidas y, en especial, mediar un tránsito entre sus historias de dolor hacia un ejercicio de reconciliación.

De igual forma, también se busca profundizar en los mecanismos que utilizan las personas afectadas por el conflicto armado para reconstruir sus proyectos de vida, establecer las transformaciones y la resignificación de sus vidas después de los procesos de verdad, justicia y reparación, como un asunto reflexivo en donde dichos actos no se repitan. Por ello, la necesidad de generar un espacio para la recuperación de la memoria desde encuentros sensibles, que traigan al presente los recuerdos y así agenciarlos a través del arte, la narración y las experiencias corpóreas, de modo tal que se sensibilicen y apoyen la introspección de los procesos para la reconciliación en comunidad, desde acciones eficientes, construidas a través de una mirada integradora de diferentes procesos comunicativos, narrativos, artísticos, culturales, formativos, de emprendimiento, legales y jurídicos, que permitan resignificar nuevas experiencias de vida para los habitantes del municipio de Amalfi.

Referentes teóricos

La subjetividad individual y colectiva

Desde una perspectiva general, el concepto de 'subjetividad' está relacionado con la capacidad de

acción del sujeto. Por eso, el individuo tiene además de la capacidad biológica y adaptativa, la capacidad mental de percibir, valorar e interpretar el mundo y las situaciones emergentes en él, para dirigir sus acciones tanto individuales como colectivas. Por consiguiente, entender la subjetividad es comprender cómo se construye el sujeto (lo qué es) y cómo establece relaciones con el otro y con el mundo. Al respecto, Ávila (1997) entiende la subjetividad como:

(...) una construcción sociopsicológica que se erige como producto de una permanente interpenetración de lo individual, lo grupal y lo social y que se proyecta en contextos sociales específicos como las formas de actuar, de pensar y de sentir desde las cuales se organizan y se hacen tangibles las individualidades que acompañan el recorrido de lo humano en el seno de su mayor y más compleja construcción: la sociedad. (p. 3)

En otras palabras, estas comprensiones al respecto de la subjetividad proponen una relación dialógica que contiene infinitud de incidentes, los cuales determinan la manera de ser del sujeto individual al tiempo que se establecen relaciones con los otros y con el entorno. Estas relaciones ponen en evidencia las subjetivaciones como manifestaciones simbólicas y heterogéneas, originadas en las comprensiones internas del sujeto y las interacciones entre los mismos, el espacio en que se desenvuelven y las experiencias vividas. En tal sentido, “el desarrollo humano consiste en la constante ampliación de la subjetividad como fuerza modeladora de la sociedad” (Zemelman, 2019, p. 3). Es decir, la subjetividad es un proceso de construcción social permanente que varía de acuerdo con las interacciones de los sujetos, objetos y contextos.

En este orden de ideas, la capacidad subjetiva del individuo se ha construido en doble vía, una individual y otra colectiva. Dentro de este marco, es necesario entender que desde su constitución el sujeto es un ser individual en donde está implícita su forma de sentir, pensar y actuar, y en cuya autodefinición existe también una forma única, personal e individual de sentir y experimentar la vida, que le permite realizar una construcción

de su propia subjetividad con la que puede ser, estar y representarse en un espacio determinado. En efecto, cada individuo tiene diferentes formas de observar, interpretar y comprender el mundo, lo que le permite actuar sobre él; por lo tanto, las acciones tienen en principio un nivel de percepción que se conecta a través de los sentidos y, a su vez, un nivel de configuración simbólica entendida como la acción inherente en el sentido o el significado de quien la ejecuta.

De allí que dicha percepción sea precisamente la experiencia originada a través de las sensibilidades que atraviesa el cuerpo y que para cada persona se da en forma singular e irrepetible. Para Jorge Larrosa (2006), la experiencia es “eso que me pasa”, es decir, un acontecimiento que no necesariamente es una proyección del sujeto en sí, sino el experimentar algo ajeno que sucede en sí mismo. La experiencia, entre otros, tiene un principio de “subjetividad o reflexividad”, entendido como una especie de movimiento que se va y retorna; además, agrega:

(...) la experiencia es un movimiento de ida y vuelta. Un movimiento de ida porque la experiencia supone un movimiento de exteriorización, de salida de mí mismo, de salida hacia fuera, un movimiento que va al encuentro con eso que pasa, al encuentro con el acontecimiento. Y un movimiento de vuelta porque la experiencia supone que el acontecimiento me afecta a mí, que tiene efectos en mí, en que yo soy, en que yo pienso, en que yo siento, en que yo sé, en que yo quiero, etcétera. Podríamos decir que el sujeto de la experiencia se exterioriza en relación al acontecimiento, que se altera, que se enajena. (p. 90)

Considerando que la experiencia está mediada por los sentidos, con relación a que son los órganos sensoriales los encargados de percibir información que será enviada al cuerpo en forma de huellas mnémicas, es necesario aclarar que estas se dan de manera singular e interna en cada sujeto, experimentadas como una reflexión intrínseca del alma, y que se identifican en aquellas expresiones de olor, color, sabor, precisamente como esas subjetivaciones de la forma de sentir el mundo.

En efecto, la subjetividad es un fenómeno que parte de la sensibilidad de la experiencia, del ejercicio sensible de tocar, oler, ver, escuchar, sentir y saborear, con esta se establecen relaciones sensibles que existen entre un sujeto y una comunidad mediante las cuales el carácter subjetivo se asume como una experiencia que implica sentir primero para luego crear, recordar, actuar (Urueña, 2019). Por ende, antes de devenir en subjetividad, es necesario sentir. En esta lógica, antes de ser sujeto, se siente en clave de existencia.

Cabe considerar, por otra parte, que la subjetividad individual está relacionada con las conductas y procesos íntimos contruidos a través de experiencias vividas, que posibilitan al individuo formar una concepción propia, por medio de la cual se crea la identidad personal, y donde se insertan las necesidades, capacidades, valores, conocimientos, hábitos y carácter propio. Es así como Grajeda y Duran expresan que el concepto de ‘subjetividad’ es entendido como “el conjunto de percepciones, imágenes, sensaciones, actitudes, aspiraciones, memorias, y sentimientos que impulsan y orientan el actuar de los individuos en la interacción permanente con la realidad” (p. 3), por lo que es posible considerar que es una disposición interna que el sujeto elabora como experiencia propia, irrepetible e intransferible.

En función de lo planteado, esta perspectiva de subjetividad hace referencia a la individualidad en donde se ubica la visión propia del mundo, al mismo tiempo que los sentimientos internos que rigen las acciones y las ideas de la vida, a consideración propia, son asumidos como acciones y formas en las que se manifiesta la subjetividad, la forma de ver o percibir la vida, como experiencias singulares.

Ahora bien, no es posible desligar el hecho de que se necesita recolectar de lo exterior, la sociedad y el territorio, lo que le ofrece al sujeto para identificar la propia existencia, el propio ser. Desde el punto de vista de Larrosa (2006), se advierte que son propiamente los sentidos quienes reciben el efecto de las cosas sobre el cuerpo mismo dando origen a la experiencia y en efecto:

Si la experiencia es “eso que me pasa”, el sujeto de la experiencia es como un territorio de paso, como una superficie de sensibilidad en la que algo pasa y en la que “eso que me pasa”, al pasar por mí o en mí, deja una huella, una marca, un rastro, una herida. (p. 91)

Ineludiblemente, son precisamente los sentidos los catalizadores de la información de eso que aporta la experiencia en aquello que le pasa al sujeto como manifestación sensible de su encuentro con lo externo, con lo que invade internamente su cuerpo como territorio.

En todo caso, la subjetividad se entiende como un fenómeno de relación sensible que existe entre el sujeto y la comunidad en la que convive. De esta manera, el carácter subjetivo se asume como una experiencia que implica sentir para crear, sentir para recordar, sentir para actuar en un medio social, cultural y políticamente organizado. Emma Ruiz (1998) argumenta que la subjetividad se define como el resultado del encuentro de los impulsos primitivos del ser humano, con las exigencias de su entorno social. Ruiz ratifica que hablar de la subjetividad es hablar de la condición de los sujetos, de su índole, de sus peculiaridades, de aquello que los delimita y distingue del mundo del objeto, poniendo en perspectiva la toma de conciencia de sí mismo desde una sensibilidad y reflexividad con aquello que lo rodea (p. 1).

La subjetividad no solo está mediada por la palabra, sino también por las miradas, por las formas en que se crea o representa a través de los lenguajes artísticos. El movimiento de la imagen, los aromas en un territorio, los sabores de una apuesta de alimentación comunitaria hacen posible que la subjetividad tenga en su carácter actante el soporte epistémico para su definición. Con esto se apoya la idea de Diane Ackerman (1990), quien en su libro *Una historia natural de los sentidos*, plantea que “no hay modo de comprender el mundo sin detectarlo antes con el radar de los sentidos” (p. 13), esto ratifica que a través de los sentidos es como comprendemos el mundo.

Por otro lado, es necesario comprender al sujeto como un ser social, dado que desde su concepción este tiene relación con el entorno, proveyendo características tanto comunitarias como culturales que influyen en su desarrollo a lo largo de la vida. El campesino se ha desarrollado y transformado con el pasar del tiempo, a través de su participación en la cultura, la sociedad y la política dentro del contexto en el que se desenvuelve; es decir, la transformación de este se desarrolla específicamente desde su contexto social, el cual está marcado al mismo tiempo por las evoluciones culturales, comunitarias y políticas del territorio en el que se inscribe.

Metodología

El proceso metodológico da cuenta de la reflexión de la investigación sensible (Urueña, 2019), mediante la cual fue posible configurar manifestaciones y acontecimientos que activan la memoria de la comunidad víctima del conflicto armado sobrepasando el ámbito de la memoria histórica, con el fin de profundizar en las memorias sensibles de los participantes. Por ello, no se acudió al hecho victimizante, sino, por el contrario, se recurrió a espacios de diálogo donde se activaron los recuerdos de aquellos sucesos trágicos que vivió la comunidad. En ese sentido, y como base de fundamentación de estos diálogos, se acompañó a la comunidad en la configuración de las preguntas ontológicas¹, en cuanto estas acercan al sujeto a una introspección de sus experiencias de vida, por medio de una

revisión tranquila y sosegada de aquellos cambios sensoriales y sensibles que les dejó la guerra.

De esta manera, al tratarse del estudio de las sensibilidades, se indagó por la configuración de la subjetividad individual y colectiva de los ciudadanos en el territorio amalfitano, además, por los sentidos en clave de trayectos sensibles de la memoria y por aquellos lenguajes orgánicos y corporales como manifestaciones artísticas que contribuyeron a la reflexión e introspección de las experiencias vividas alrededor del conflicto, dando origen a un diseño metodológico intencional y pensado como un accionar investigativo que planteó nuevas formas de investigar y adquirir conocimientos entre los participantes.

Este proceso se construyó mediante tres fases, las cuales condujeron una serie de acciones que demarcaron los procesos de reflexión, análisis y construcción de saberes, desarrollados en los diferentes talleres formativos; estos, a su vez, fueron orientados a través de preguntas ontológicas mediante el diseño de experiencias sensoriales con las cuales se logró dar cuenta de las metáforas con las que se delimita la memoria de los participantes, que permite así una ilustración de las sensibilidades alrededor de las experiencias de vida que respondieron a la convocatoria de estas actividades de acompañamiento formativo.

Fase I

Reconocimiento de los relatos en clave de manifestaciones vivas

En esta fase se adelantaron tres acciones: dialogar, escuchar y compartir, como bases para el reconocimiento del relato que habita a otro, que habla de un otro. La primera acción, 'dialogar', se materializó bajo la premisa: el diálogo es un posible encuentro de aromas y sabores que activan la memoria de los participantes. En ese sentido, el diálogo se entiende como aquel intercambio de saberes con el cual se logra reconocer el sentir de los participantes.

Para ello, fue necesario entender que el ejercicio de reconocimiento es un proceso que parte de esa capacidad cognitiva en los seres humanos,

¹ El cuestionamiento se convierte en un devenir de la reflexión entre sentir y pensar, devolviéndole el lugar al sentir como camino para ser en sí. Por lo tanto, se parte del cuestionamiento ontológico mismo, se hace la pregunta que nos invita al hacer creación. La pregunta hace referencia a cómo se manifiesta el sentido en los diversos universos en los que habita el sujeto, pues no se huele, no se ve y/o no se degusta de igual manera cuando se está dentro o fuera de los universos de creación. La pregunta ontológica es el cuestionamiento del sujeto, el cual parte de un estado sensorial para una búsqueda de una realidad simbolizada en sí. Ejemplos de preguntas ontológicas son: ¿a qué huele la paz?, ¿a qué velocidad va el desplazamiento?, entre otras (Urueña, 2021, p. 3).

la cual facilita la recuperación de información de lo otro —externo o ajeno—, o del otro, para convertirse en aprendizaje; en otras palabras, de las situaciones, personas u objetos que permiten al sujeto aprender y conocer; lo que para Alfredo Ghiso (2000) es “el reconocimiento de sujetos dialogantes, los ámbitos que lo posibiliten y, sin duda, las experiencias vitales diferentes/semesimilares, que quieren ser compartidas” (p. 5). De modo similar, es esa capacidad de identificar al otro, comprenderlo, escucharlo y nombrarlo, puesto que implica un ejercicio dialógico donde existe un sujeto que nota, identifica o reconoce y un sujeto u objeto que es notado, identificado o reconocido a través de sus relatos, en suma, reconocer es también una condición de la naturaleza humana que dignifica a las personas y sus relaciones consigo mismas y con el mundo.

Esta acción investigativa fue considerada en el “dialogar como encuentro de aromas y sabores que activan la memoria”, y bajo esta perspectiva entender el diálogo como el espacio para compartir los saberes en donde unos y otros toman de sí aquello que les permite ampliar su zona de conocimiento para comprender y denotar la propia realidad que los ha atravesado. Del mismo modo, proponer que se dialoga para conocer, comprender, conceder y compartir.

Ghiso (2000) plantea la idea de concebir el diálogo de saberes como el principio, enfoque y referente metodológico, bajo el cual se da un tipo de acción que se caracteriza por el reconocimiento de los sujetos participantes en procesos formativos o de construcción de conocimientos nuevos, es decir, entenderlo como un tipo de hermenéutica colectiva. Por ende, el diálogo como posibilitador de intercambios representa el saber mismo de la vida de cada persona, y al efectuarse, puede hacer que el uno aprenda desde otro, en donde se entienden y se reconocen las experiencias de vida, las tradiciones, los derechos, deberes y obligaciones sociales, entre muchas otras posibilidades.

En segundo lugar, se privilegió la premisa: escuchar como una forma de activar e intensificar

las experiencias de vida en los participantes. En esta, cada uno de los asistentes comprendió que es necesaria la escucha activa como un fenómeno de mediación en los procesos de interpretación, percepción y comunicación de las memorias que aguarda el otro. Por ello, un ejercicio comunicativo de reciprocidad implica ser absolutamente generoso con el otro, escuchar las voces que se encuentran en el interior, que no se exponen, se callan y se ocultan por la pérdida, el acto violento, el odio, el dolor y el resentimiento o sencillamente la timidez; es así que cuando se escucha de una manera activa, se comprende, se entiende y se pone en el lugar de quien se expresa. De esta manera, la escucha activa se convirtió en uno de los componentes esenciales en el proceso de ser y estar para quienes han sido marcados por el conflicto.

A todo esto, al ser un sujeto que ha sido afectado se es también un sujeto que necesita ser escuchado; por ello, aquí lo importante es escuchar a las víctimas y que se sientan atendidas, por ende, entender que (...) “es necesario fomentar el cuidado y el cultivo de la palabra, en el convencimiento de que las palabras no solo transmiten, sino que aman, tocan, mecen. (Gómez *et al.*, 2011, p. 156). Las palabras invitan a reflexionar sobre los modos de crear y recrear vínculos sociales, pero también sobre las múltiples caras del silencio, su estructura, la simbología y la cotidianidad que superpone o se revela a través de la escucha activa, lo que pone en consideración que aquellas historias que cuentan, que resignifican y que construyen memoria necesitan ser tratadas con un cuidado especial, porque son el relato colectivo de hechos que se convierten en nuestra memoria histórica y sensible.

Por último, los asistentes se acercaron a la premisa: compartir como medio para establecer lazos en comunidad desde las experiencias sensibles de la memoria, en donde se elaboró un trabajo de investigación-acción y participación como parte de escenarios de creación manual de aquello que les convoca su memoria alrededor del conflicto armado. Donde compartir se comprendió como un

espacio en donde es posible estar, escuchar, dialogar, degustar, sentir, oler, sembrar, entre otras. Es aquí donde se posibilitan momentos que movilizan las almas y los cuerpos, se liberan las palabras, se evocan los recuerdos, se comparten las cosas que se saben y se han experimentado y que han marcado una huella imborrable en la vida. Es también un escenario en el que fue posible estar y vincularse con los demás, desde la experiencia de dar y recibir, de hablar y escuchar, de hacer y observar, de disfrutar alrededor de los colores, olores y sabores, creando con ellos nuevas interpretaciones y reflexiones, desde las posibilidades que brindan los sentidos como trayectos que ayudan a recordar, no en ese extasio del pasado, sino como esa manera de reconstruirlo y hacerlo presente desde los sentimientos y las emociones que permiten hacer consciencia de sí. Para puntualizar, compartir “es un espacio para la circulación y exploración compartida de materiales que son resultado de experiencias del trabajo cultural comunitario” (Mondragón, 2017 p. 233).

En este orden de ideas, compartir fue también la posibilidad de interpelar los caracteres problemáticos de la realidad que implicó reconocer el contexto amalfitano, y aquellos seres humanos actores y víctimas del conflicto en el territorio, entendiéndolos como seres inacabados y transformados por dichas realidades, que hoy son compartidas en estos espacios de formación para la resignificación del sentido de ser sobrevivientes a los terrores, miedos y silencios que construyeron los muros de la violencia. Como agrega Mondragón (2017):

El objeto de dichas acciones es construir experimentos de convivencia donde se elabora un lenguaje que permite nombrar de manera inédita los problemas de la comunidad, visibilizando fragmentos de dicha experiencia que habían sido invisibilizados por la dinámica de la violencia. (p. 234).

En otras palabras, en las prácticas de investigación sensible interesó recoger algunas de las experiencias de vida que, a través de los espacios intencionados desde diferentes lenguajes, aportaron a los ejercicios de socialización entre los participantes,

así como a la reconstrucción de la esperanza, la identificación de nuevas subjetividades, el sentimiento de futuro y la capacidad de reflexión y acción de creación-participación que encaminen actos pacíficos, de perdón y reconciliación.

Fase II

Diseño de trayectos sensibles para incentivar los relatos de la memoria a través de la experiencia sensorial

En esta fase se permitió el reconocimiento de los trayectos sensibles de la memoria activados bajo experiencias sensitivas como oler, saborear, escuchar, sentir y observar, para traer al presente el recuerdo y resignificarlo. Se otorgó un nivel de importancia a los sentidos como trayectos para concebir y activar la memoria. Su énfasis radicó en la importancia de descubrir las esencias de la vida para construir nuevas subjetividades. En cuanto al papel de los sentidos, estos se sensibilizaron a través de la experimentación y el acercamiento con los olores, sabores, colores, sonidos y texturas; mismos que permitieron a los participantes desdoblamiento y encuentros con recuerdos, sensaciones, emociones y sentimientos.

En esta, las acciones investigativas son nombrar lo indecible: la escritura como un medio para no olvidar, entendida como estrategia de normalización y nominalización de las experiencias sensibles a través del lenguaje oral y escrito; partió de la pregunta por nombrar aquello que es tan complejo enunciar, dado que implicó la participación de los sujetos en los talleres, para despojarse, desnudar la palabra, exponer sus vivencias, dejar ver su parte más íntima y compartir sus experiencias. Gustavo Larach, en su texto *Nombrar lo innombrable*, argumenta que esa incapacidad de nombrar las heridas del conflicto se ubica como un no-lugar, a razón de ser un espacio externo al mundo de signos que habitamos más allá de una visión preceptiva de comunidad o de territorio; algo así como una laguna de la que es difícil salir, escapar, gritar. Además, agrega:

(...) habitamos un mundo de signos cuyo ocasional traslape con lo real es tan incidental como involuntario. Nuestros signos y lo real son cosas muy distintas entre sí. Lo real está fuera de nuestra Conciencia; nuestro aparato psíquico lo reprime constantemente porque es demasiado ominoso para estar consciente de ello todo el tiempo. (p. 2)

En consecuencia, se enfatizó en esa posibilidad de reconocer la importancia de comunicar a través de signos, símbolos y palabras que, aunque se alejen de la realidad, dan cuenta de eso que queremos decir a través de diferentes lenguajes como los corporales, orgánicos y artísticos. Tal y como lo hace notar Larach (2014): “Nuestras palabras son mucho más convencionales y subjetivas de lo que estaríamos dispuestos a aceptar”, y agrega: “Es clave reconocer que el lenguaje e imágenes establecidos en la cultura actual no comunican nuestra experiencia real. Así pues, este acercamiento a las sensibilidades confiere valores agregados a las palabras que se vuelven metáforas vivas.

Otra acción investigativa fue mapear el relato simbólico para ilustrar las emociones que ha dejado el conflicto, pensado como un acto investigativo donde es posible ilustrar y hacer convenciones de las implicaciones del conflicto en el territorio, como escenario de encuentros y rupturas desde las interpelaciones de los participantes. Se partió de la idea de comprender lo que pasó, por qué pasó y cómo se han ido transformando las identidades, subjetivaciones y realidades del territorio. Al respecto, Woodward (2019) se pregunta por “cómo mapear las relaciones entre eventos y experiencias, entre recuerdos y estados mentales, y entre individuos y colectividades (p. 146). Entendiendo así que esa fue una acción que va más allá de construir ilustraciones gráficas y cartografías de un territorio, sino comprender el mapear cómo un ejercicio capaz de vincular las relaciones que se construyeron desde la perspectiva de las resistencias y supervivencias de los amalfitanos, para reconstruir sus proyectos de vida, entendiendo la compleja y diversa realidad que los ha atravesado.

Igualmente, sembrar vida: una manifestación de la idiosincrasia campesina, comprendida como un modelo de participación en el cual es posible

reconocer las prácticas ancestrales y donde el hombre estrecha sus lazos con las sinergias de la tierra y la naturaleza. Se inició por entender la acción de sembrar, observando la concepción de la presencia de tierra fértil, porque es allí donde debe sembrarse la reflexión, la inquietud, la resistencia, la persistencia de los saberes y la búsqueda del reto creador, en el que se germinen cada vez las mejores semillas para los hombres y mujeres valientes y de buena fe que se atreven a forjar un nuevo cultivo de ideales y realidades. En esta medida, se siembra cuando se apropia de los espacios, lugares y territorios; considerando que ha sido desde los conocimientos ancestrales que las manos humildes y tenaces del campesino hacen de la siembra ese futuro que se espera cosechar, así pues, al esparcir las semillas, efectuar los rituales con la tierra y germinar aquellas acciones de reivindicación, es posible sacar provecho reconociendo la presencia de conocimientos tradicionales valiosos.

Desde la posición de Sánchez y Solorza (2017), se alude a que existe la (...) “construcción de relato desde un hacer consciente y reflexivo en las prácticas cotidianas”. (p. 273), esto implica una gratitud por tener el privilegio de poseer la tierra, sembrarla y cosecharla, y en esa reciprocidad se crean aferramientos a la tierra para permanecer en un territorio, a pesar de que acciones externas como la violencia y el conflicto lo hayan transformado, pues cultivar la tierra sigue siendo parte de la cotidianidad amalfitana y estos actos de resistencia deben ser relatados.

Fase III

Creación de espacios de expresión que dirigen la reflexión por medio de lenguajes contemporáneos

En esta última fase, las acciones de investigación fueron: representar la memoria visual y plástica de la comunidad, la cual permitió la elaboración de piezas de arte que dan cuenta de otras formas de expresar aquello que no puede decirse solo con palabras. En esta se dio gran importancia a los momentos de creación aplicando diferentes técnicas como pintar, coser, sembrar, escribir, hacer *collages*,

cartografiar, oler y saborear, que no solo generaron reflexión y trajeron a colación relatos de recuerdos vividos, sino que resignificaron aquellos sentimientos que permanecen en su interior. “Es así como la creación se asume como una posibilidad de existencia con la que se signa, y por lo tanto se vive, en sustancia(s), espacio(s) y tiempo(s) alguno(s)” (Urueña, 2019, p. 2).

Finalmente, resignificar mediante la creación artística para hacer introspección y los postulados de la investigación-creación y la investigación sensible, que permiten la exploración de otras mareas de generar saberes. Por consiguiente, la acción de crear actúa también como una manera de representar sus sueños, sus pérdidas, sus anhelos y sus recuerdos, con la finalidad de sanar y de resignificar; al igual que reflexionar como una acción que permite la reinterpretación sobre las experiencias vividas para resignificarlas a través de nuevos lenguajes. “Uno no produce algo por una finalidad u otra, uno crea en la medida que el cuerpo se moviliza hacia una búsqueda permanente por existir en un entorno” (Urueña, 2019, p. 5). Queda claro que el arte es el mejor escenario para sacar a flote las sensibilidades y que parte de los procesos de reconciliación que este territorio necesita están en el sujeto mismo, que se dignifica en acciones de emprendimiento, expresión, participación y empoderamiento.

Resultados

La importancia de la sensibilidad como la base epistémica para la configuración del recuerdo y la memoria en comunidades afectadas por el conflicto armado busca dar respuesta a la pregunta de cómo los habitantes del municipio de Amalfi se han convertido en sobrevivientes del conflicto armado colombiano y, además, reconocer la necesidad por descubrir el significado que tiene la vida para esta comunidad, especialmente cuando la práctica misma deviene de un ejercicio de introspección, de reflexión, con el que se encuentran las subjetividades que delimitan el fenómeno de la guerra en sí. No sirve de nada la acción bélica sin el significado que esta aguarda en el sentir de las personas; no es

posible la comprensión de sí mismo sin la posibilidad de revisar las subjetividades que se configuran mediante los actos sensibles que deja la guerra. De esta manera, fue posible entender que los impactos de la guerra no se quedan solo en los individuos, sino también en las colectividades: regiones, territorios, nacionalidades y centros de pensamiento; y que, además, no solo se pierde lo material, sino que hay otras pérdidas, las simbólicas, en donde cada sujeto se permite transformar(se) mediante el reconocimiento de su sentir, de sus cambios sensibles. No hay método científico que diga “resistir para seguir”, “empezar de cero”, “continuar”, en fin, retomar la vida después de ser víctima. Es por esto que este ejercicio investigativo asume la experiencia de vida como una práctica sensible que se construye día a día, en la cual se atraviesan aquellos actos que dejan ver cómo la guerra me afectó la propia forma de ver el mundo, de saborear la felicidad, de oler la tranquilidad, de tocar la paz.

Así también fue necesario entender que cada persona es un universo, pues nunca se sabe cómo se va a reaccionar frente a una actividad donde se interpela por la forma de sentir. Esto implicaba exponer el cuerpo frente a los demás, dejar salir aquello que la guerra había impregnado sensitivamente en una dermis. No hay categorías que permitan decir cómo se sobrepone alguien a una pérdida, de qué se aferra, que es aquello que lo sostiene. Las pulsiones de vida sobrepasan el dolor e impulsan a resistir y seguir en la búsqueda de una mejor calidad de vida. De ahí que este estudio de las sensibilidades permitió que estas miradas subjetivas fueran importantes para construir conocimientos sobre las resistencias de las personas ante estas experiencias de vida, a razón de que la vida no termina allí en lo traumático de la misma.

Este ejercicio permitió reconocer las experiencias que atravesaron muchos ciudadanos y que al pasar por sus sentidos dejaron huellas imborrables, de ahí la idea de que son los sentidos responsables de guardar esa información y asociarlas a recuerdos sensoriales como el olor, el color, el sabor, el sonido y la textura como códigos que se activan en la memoria.

La subjetividad, una práctica comunitaria atravesada por los cambios sensibles que dejó el conflicto armado

El primer resultado se aborda en clave de la subjetividad, donde se pudo observar que la configuración de esta no es singular o personal; implica la incidencia del sentir de otro. Es colectiva. De aquí que se denominen 'nuevas subjetividades', en las que cada amalfitano encuentra sentido a su existencia mediante el amor por la tierra, el trabajo, la siembra, la unión familiar, las creencias, la esperanza, el trámite del trauma social e histórico, de la pérdida y del despojo, con sacrificios y nuevos comienzos. Una nueva identidad de sobrevivientes que resignificaron sus lugares, espacios y territorios haciéndose líderes en la búsqueda de la no repetición, el perdón y la reconciliación, así como en el empoderamiento de espacios de participación comunitaria y el reconocimiento como sujetos de derecho.

Es apropiado mencionar entonces que, en cuanto a la construcción de nuevas subjetividades, los ciudadanos pasan por un desdoblamiento de su ser, en el cual se logra reconocer mediante los ánimos y las ganas de querer seguir adelante, de seguir sintiendo que están vivos y hacen parte de este mundo. Es en este desdoblamiento donde se disponen a reconstruirse de nuevo, a refugiarse en los recuerdos memorables de sus seres queridos, de sus pasados felices, de sus tierras fértiles para no desfallecer, luchar y emprender sus proyectos de vida con nuevas maneras de ser, sentir(se) y expresar(se). Al respecto, Larrosa (2006) advierte que los sentidos son indispensables para que el sujeto atraiga su efecto sobre lo que se convierte como tal en experiencia en forma de huellas imborrables. Del mismo modo, entender que lo exterior hace también parte de entender lo interior de cada ser. En esa medida, se comprende la subjetividad como una construcción permanente a nivel individual, sin desconocer que esta se transforma mediante la agencia un espacio de vida a nivel colectivo, con lo cual se entienden aquellas experiencias vividas por los participantes como vínculos sensibles con un otro, y de ahí, se observa el paso hacia una subjetividad colectiva, con la que se determinan las emociones que edifican una memoria comunitaria.

Otro aspecto a tener en cuenta es también el impacto que la experiencia individual y colectiva de la que deviene la subjetividad tiene sobre los espacios, lugares y territorios, en donde es posible también reconstruir identidades desde comprender claramente qué ha significado la vida en medio del conflicto. Son precisamente aquellas nuevas construcciones sociales las que se transforman con las acciones de otros actores en la construcción de la cultura y estilos de vida que forman parte de las dinámicas de ese territorio.

Al respecto, Aguilar (2008) habla de que las personas establecen un nexo arraigado, profundo y por el cual un actor va a sentir pertenencia en la medida en la que hay algún tipo de igualdad entre fenómenos que transcurren tanto en su contexto como en su propia persona. Por ello, evidenciar que de algún modo toda la comunidad se siente también como víctima directa e indirecta de los acontecimientos alrededor de la guerra vivida en las últimas décadas. Agrega también que la territorialidad se asocia con apropiación y esta con la identidad y la afectividad espacial, como un apego que une a los individuos en torno a él.

En el análisis del ejercicio realizado en el taller formativo, evidenciado en la fotografía, se aludía al mapear las interpretaciones del conflicto en Amalfi, haciendo referencia a un territorio enmarcado por el conflicto, que se transforma continuamente por las promesas que no se han cumplido, aquellas voces de reclamación que se han callado simplemente por miedo; también por el resurgimiento de nuevos conflictos, por la pérdida de fe en las Administraciones públicas y organismos de control o por falta de políticas claras que pierden significado, simplemente nuevos discursos que no los reconocen ni accionan un devenir de paz para el territorio.

Trayectos sensibles de la memoria: los sentidos como activadores de la experiencia vivida

El segundo resultado se observa en cuanto se identificó cómo los sentidos se convierten en verdaderos trayectos sensibles de la memoria, al reactivar

recuerdos memorables cuando se está en contacto con los olores, colores, sabores, texturas, sonidos, lo cual permite resignificar las esencias de la vida para construir nuevas subjetivaciones de sus experiencias mediante las cuales se puede comprender el mundo.

En esta línea de análisis se tuvo en cuenta que la vida se caracteriza por los momentos que se experimentan, sienten y vivencian a través del cuerpo y los sentidos, y al mismo tiempo, por cómo se recuerda lo vivido para contar, recrear y asociar con el gran libro de la vida, que suma todos los momentos en un estado subjetivo y que depende de quién lo experimenta, asimismo, corresponde a los sentidos ser esa biblioteca de la memoria que ordena cada ejemplar en un gran número de recuerdos asociados a símbolos y rótulos en clave de huellas sensibles de cada experiencia.

En ese sentido, vale la pena resaltar la metáfora de la memoria como un plano de la vida, puesto que esta provee la capacidad al ser humano de recordar, aprender y evocar sucesos y hechos que hacían parte de una experiencia proveniente de un pasado, es decir, recuerdos que generan nuevos recuerdos, los cuales enriquecen la experiencia pasada con los recuerdos de otros y los propios. Es así como se accedió a que los participantes, a través de los relatos, hablaran un poco de sus historias de vida, de todo aquello que cargan, que los desequilibra y les causa nostalgia, para traer al presente memorias que se comparten en algún plano con la memoria de otros y que se enunciaban en la conversación, y para entender que cuando se cuenta lo vivido se hace una resignificación, se rememora y se hace sensible. Por ende, “es necesario considerar cómo una experiencia relacionada con la violencia, y capturada a través de la memoria, produce impactos inmateriales a nivel individual y colectivo”. (Woodward, 2017, p. 147), con el fin de entender de esta manera que la memoria rotula las experiencias de la vida en conocimientos sensibles como planos que edifican al sujeto y a la sociedad.

Simultáneamente, cobraron gran importancia los espacios de reunión, conversación y escucha, pues fue posible entender esa relación dialógica con el otro como un narrar para reparar, para no perder la memoria y para dejar un legado inscrito de las realidades que suceden y siguen sucediendo, no se pueden seguir callando las voces, silenciando las protestas y atacando las resistencias y necesidades, porque se vive para ser, estar, servir, crear y reparar por medio de las acciones de resignificación.

Toda esta reflexión se inscribe en la necesidad de comprender a la memoria como un acto mediado por la experiencia sensible, es decir, esta a su vez está conectada con las representaciones que el sujeto crea con lo que ve, huele, toca, escucha y saborea, las cuales van transformar el hacer habitual de una persona para determinarse como experiencia, tal y como se metaforizan a los aromas y sabores como vínculos fraternos para la reconciliación, o formas de entender la intensidad de lo vivido.

En efecto, a la memoria la configuran los recuerdos de eventos que generan un alto impacto emocional, sentimental y físico. Es así como los relatos de los participantes de los talleres fueron contemplados y representados por rostros de tristeza, voces quebrantadas y almas rotas en busca de sentido por lo anteriormente perdido, con referencia no solo al duelo de familiares, sino también a la dignidad, a lo moral, a lo material e inmaterial que les fue arrebatado. Cuando algo se pierde, es difícil volverlo a recuperar, por ende, la necesidad de resignificar los recuerdos sin olvidar disponerse a construir nuevas memorias de una vida llena de nuevo significados.

En tal menester, si los sentidos no pasaran alguna vez por aquello que se define como ‘lo sensitivo’², ¿cuál sería el sentido de recordar, de hacer memoria? En este caso, se plantea esta línea de

2 Lo sensitivo es una categoría que remite David Howes (2003) como el acto previo a la simbolización de un algo. Lo sensitivo es la reacción fisiológica del cuerpo ante un suceso que busca ser comprendido e interpretado posteriormente como acto de lenguaje (semiótico).

análisis: se podría decir que lo que la memoria devuelve al sujeto es proporcional a aquellas sensaciones que genera la atmósfera de los momentos vividos, tales como el recuerdo de la infancia, el color del cielo, el olor de la boñiga, de la tierra, de los frijoles que cocinaba una madre, del sonido de la lluvia cayendo encima de las hojas de zinc, del rose de las manos con las de un padre dedicado a arar la tierra, eso y otras cosas más que se mantienen gracias a estas manifestaciones sensitivas. Tal consideración consiente en entender tanto a los sentidos como a la memoria como conexiones de la mente y el cuerpo a través de los órganos sensoriales.

Una consideración importante radica en comprender que el sujeto es esencia, está movilizado por los sentidos, por experiencias, está constituido de memorias, y se hace en la acción con la que construye su propia subjetividad. Al mismo tiempo, todo aquello que pasa por los sentidos, todo lo que se aprende haciendo y sintiendo, se establece como la base fundamental a la hora de moldear, rememorar y construir memoria. Los colores, los sonidos, el aroma, el movimiento, la visión, el tacto, el degustar, entre otros, son factores que agencian al sujeto, lo transforman y le dan la posibilidad de crear un hilo narrativo que habla de su propia historia.

Ackerman (1990) manifiesta que el olor activa todo aquello que se encontraba adormecido, arrulla y cobija, con la necesidad de imaginar, de arder en el fuego de la calidez de un recuerdo, volvemos a crear las experiencias, nos envuelve en ellas, nos lleva a nuevas dimensiones y nos sumerge en la riqueza de lo evocado.

Tramitar el dolor: lenguajes artísticos, corporales y orgánicos como medios para resignificar la experiencia vivida

Por último, otro resultado a considerar fue la comprensión de los lenguajes artísticos, corporales y orgánicos como la base de la fundamentación ontológica y epistémica para tramitar las emociones que configuran una experiencia vivida. Para el caso, la experiencia vivida de los participantes se tradujo, en varias ocasiones, en relatos de odio, tristeza, llanto;

sin descuidar el verdadero valor y sentido de la vida, especialmente cuando un color, un plano fotográfico, un movimiento corporal o una aromática permitieron activar la resiliencia, el perdón, la fuerza interna y las pulsaciones para seguir con sus proyectos de vida. Aquí los espacios de creación cobraron relevancia demostrando que el arte es el mejor vehículo para expresar lo que es innombrable con las palabras.

En cada creación artística, se vio el amor a los recuerdos. Cuando se recuerda algo con intensidad, se activan momentos que hacen que se visualicen dichos actos en lugares. Se pasa del tiempo al espacio y se hace posible que el presente vaya más allá de su condición temporal para convertirse en un lugar: la casa, la calle, el barrio, entre otros. Comprender que en ocasiones lo que el sujeto piensa lo determina, pero lo que siente hace posible que el participante se emocione y exprese un impacto en el cuerpo que lo moviliza y sensibiliza hacia el reconocimiento de sí.

Entender de esta manera cómo las metáforas toman vida, se vuelven manifestaciones desde pintar como forma de hacer subjetividad, o la siembra como un espacio de sanación para la vida. Del mismo modo, la acción del lavar como una forma de sanar, de limpiar, de extraer. Es decir, externalizar de manera simbólica la liberación del pasado doloroso, alivianar las cargas. Lavar como una forma de tramitar el dolor o lavar como una acción que resignifica su significado (indiferencia) para asumir y comprender el dolor como parte de la vida. Todo este análisis permitió ver la importancia de lo sensible para reparar más allá del indemnizar lo material, es fortalecer al sujeto.

En los ires y venires de la vida solo quedan los testimonios de estos sujetos, de seres que no se negaron a la posibilidad de recrear recuerdos y de convertirlos en una memoria colectiva. Tal y como lo menciona Ricoeur (1999), no se trata solamente de hacer conciencia de lo que ha dejado el conflicto en el propio ser, es también reconocer que eso ha ocurrido hace parte de sí mismo y que empieza a cobrar sentido cuando es compartido con el otro, en colectivo, en una construcción de una memoria y tejido social.

Aprender desde lo sensible, desde el hacer, desde el sentir, desde lo corpóreo y desde la creación facilita los procesos que se articulan en el asunto de las manifestaciones artísticas y de los lenguajes corporales. Para Gallo (2011), este tipo de pedagogía, en cuanto a las formas de expresiones corporales, son importantes debido a la incidencia de esta en la simbología del cuerpo como medio comunicador. En este sentido, la música y la pintura se convierten en detonantes de la sensibilidad que pueden producir en el cuerpo nuevas sensaciones y emociones, y con ello, reavivar recuerdos de la infancia o del pasado, guiadas precisamente por las notas de ciertas canciones o melodías que evocan todo tipo de sentimientos.

Un rasgo a considerar también es tener presente que existen varios hechos victimizantes y de estos, incalculables víctimas e innumerables relatos de dolor y sobrevivencia en cada territorio colombiano afectado por el conflicto armado; no obstante, esto no es la base fundamental de este trabajo, sino descubrir las humanidades valientes, resistentes y cansadas que han resignificado sus vidas y han afrontado sus heridas con valor y tenacidad, y que empiezan a abrir sus voces hacia el reconocimiento, reparación y restitución de sus derechos, ya que se necesita sanar tanto como individuo como comunidad, en donde siempre se va a necesitar del otro para aunar fuerzas en resistencia y trabajo social comunitario para construir nuevas territorialidades y convivencias pacíficas.

Defendemos la opinión de que es posible entender mejor al otro si empatizamos con él, por tanto, para poder comunicar es necesario ponerse en el lugar del otro e intentar sentir y pensar cómo piensa el otro; de esta manera, nos será mucho más fácil conectar con sus intereses, preocupaciones, etc. lo que facilita enormemente la comunicación. En el arte de escuchar hay una disposición que implica una actitud receptiva, si esta no existe, si estamos predisuestos a todo lo contrario, a no escuchar. (Gómez *et al.*, 2011, p. 155)

Por lo tanto, se aprende a ser con los otros, no se trata de conocer a fondo sus pérdidas, sino en hacerles

saber que cuentan con una voz de aliento, que se comprende su dolor; porque lo importante aquí es entender que el conflicto armado no solo afecta a quien lo ha vivido en carne propia, sino que también crea una ruptura en el tejido social.

Finalmente, la última línea de análisis es la de las políticas públicas, resulta importante mencionar que las organizaciones de participación comunitaria necesitan mayor formación y acompañamiento eficiente para apoyar y ejecutar procesos de la comunidad en general y el desarrollo del territorio en políticas públicas para la paz.

Así, cabe anotar que en Colombia cada vez es más difícil ser líderes comunitarios, además, existe la limitante de la falta de formación en la participación ciudadana, muchas de las personas caracterizadas en el RUV desconocen los mecanismos de participación y los procesos para reclamar la restitución de sus derechos, además, de lidiar con los actos de revictimización a los que se ven sometidos al acercarse a los despachos públicos para solicitar ayudas, apoyos o al caer en escenarios de nuevos conflictos. Por lo tanto, es pertinente entender:

Los consensos, negociaciones y concertaciones se hacen, entonces, más difíciles por la incapacidad de reconstruir las raíces de sentido que sustenten posibles interacciones comunicativas, en las que los sujetos se reconocen como diversos, diferentes y, probablemente, en condiciones de desigualdad frente al ejercicio del poder y con pocas competencias para asumir y expresar sus posturas en el diálogo. (Ghiso, 2000, p. 3)

Es claro que existe la necesidad de dar voz y visibilidad a los ciudadanos para emprender acciones solidarias y de respeto por cada individuo como sujeto de derecho, empoderarse y liderar organizaciones de participación comunitaria, como las mesas de víctimas, en las que se emprendan procesos de reconciliación, perdón, esclarecimiento de la verdad, no repetición, reconstrucción de la memoria histórica, pero también de aquellas memorias sensibles que devuelvan a los colombianos la humanidad y el ideal de vivir en paz.

Conclusiones

Al desarrollar todo un proceso de comprensión y acercamiento a las vivencias de las personas víctimas del conflicto armado, se logra tener una serie de experiencias, aprendizajes y reflexiones, las cuales se ponen de manifiesto en cada una de las conclusiones que abren un camino para ser más sensibles de la realidad que ha vivido nuestro país y trabajar mancomunadamente para avanzar en la construcción de la paz en nuestros territorios.

Este documento, resultado del proceso de investigación, tiene el propósito de presentar las reflexiones emanadas desde el estudio de las sensibilidades en comunidades víctimas del conflicto armado colombiano, en cuanto se busca encontrar cómo se configuran los trayectos sensibles de la memoria, en clave de subjetividad, con los integrantes de la Mesa de Participación de Víctimas del municipio de Amalfi, a través de los lenguajes corporales, orgánicos y artísticos. Estos se exploran en el desarrollo de talleres formativos, agenciados en forma de espacios de creación, mediante los cuales es posible reconocer desde los sentidos, los relatos y narrativas de los participantes, para acercarse a otras maneras de buscar la verdad.

Inicialmente, comprender el carácter pedagógico y formativo de este proceso, el cual involucra a diferentes actores de la comunidad en esa búsqueda de la creación de memorias sensibles para iniciar espacios de participación comunitaria, comprendiendo que estas acciones implican un impacto político y social en el municipio. Cabe concluir que un proyecto de esta categoría aporta a la transformación social y política del territorio, en la medida en que se habla desde la subjetividad no solo como experiencia, sino también como una dimensión política que se transforma y pone en tensión nuevas formas de ser, sentir, expresar y representarse en la sociedad.

En este orden de ideas, la búsqueda de una memoria sensible que se transforma por el sentir de cada sujeto permite que se hable desde ese punto de la nada, del vacío, de la ausencia para pasar

a un algo que cobra sentido y significado en un todo. Es precisamente ese sentir el que pone en perspectiva el que ese 'sentido' es quien otorga materia a la memoria, le da lugar y resignifica los recuerdos como tejidos de vida en cada sobreviviente y de cada comunidad.

Además, el ejercicio de la búsqueda de la verdad sigue atravesado por la dimensión del lenguaje. Entonces, cómo se establece o se encuentra esa dimensión en el relato, en la narración que plantea el otro como verdad, su verdad esbozada desde su experiencia, es decir, cómo se hace para que se entienda como una verdad en sí, una verdad empírica que esta inherente en el sujeto. La única manera de lograrlo es dando cuenta de ese ejercicio sensible, de una práctica sensitiva que atraviesa el relato de vida de la otra persona, para entenderla comprender y reconocerla, es así justamente como se hace una verdad que repare realmente al sujeto y de paso a la sociedad.

Cabe resaltar que esta relación dialógica que se permite entre la semiótica y los estudios de la sensibilidad ayudan a entender al cuerpo no solo como un territorio de significados, sino como un ente simbólico en donde toda acción performativa trae al presente un sentir y un sentido. En suma, un nuevo lenguaje que permite el devenir de nuevos significados para explicar el mundo, el entorno y las realidades desde la perspectiva subjetiva.

Es importante no ir directamente al hecho victimizante, sino entender que hay unos cambios sensitivos y sensibles en la persona, que hacen posible que hable de lo que sucedió, que pinte, siembre, cante, teja, para mostrar en otros lenguajes lo sucedido y eso cómo lo transformó. De esta manera, queda en evidencia la importancia de hacer memoria en quienes han sido afectados por el conflicto, quedan abiertas las posibilidades de resignificar, rememorar y crear desde lo sensible. Estos aspectos marcan una huella imborrable en quien siente, recuerda, camina, danza, escucha, siembra y explora. Entender que estos sucesos son los que hacen posible que se desaten recuerdos dentro de la memoria, revivir momentos que

marcaron sus vidas y que se ha convertido en la transformación del sentido de ese pasado. Gracias a estas acciones sensitivas, se reconoce todo lo que hay alrededor (amigos, lugares, amores, familias, ausencias, derrotas, pérdidas, olores, sonidos, sabores, texturas), para finalmente comprender que todas las experiencias tendrán un impacto emocional y serán recordadas algunas con facilidad, otras con mayor dificultad, dejando claro que ni las tragedias ni las alegrías se olvidan, pero sí es posible agenciarlas para resignificarlas.

Es preciso enfatizar en que el trabajo apenas pone en perspectiva algunas reflexiones y análisis sobre la exploración de las memorias sensibles en los ciudadanos afectados por el conflicto en el municipio, pero son aportes valiosos para entender que va más allá de la palabra, la cual permanece en su estado de arbitrariedad, donde puede no siempre expresar lo mismo, mientras que la manifestación sensible es pura, es directa, es innata, en otras palabras, conecta directo con el cuerpo desde las dimensiones tanto fisiológicas como simbólicas, que son las que más importancia toman en este proceso investigativo, pues permite hacer nuevas interpretaciones, generar nuevos conocimientos sobre las formas en que los seres humanos agenciamos nuestra vida y lograr que se originen nuevos lenguajes que expresen más allá de la palabra misma el sentir individual y colectivo de un pueblo.

Por otro lado, el recuento histórico generado en este trabajo muestra al lector cómo los eventos sucedidos en las diferentes épocas en el municipio de Amalfi han afectado a diferentes generaciones, donde el miedo y la incertidumbre han sido los principales elementos que han azotado la población en general durante ya varias décadas. Con ello, se propone un escenario para indagar por las sensibilidades que transitan entre sus pobladores y las disposiciones para proponer nuevas formas de reconciliación y no repetición, así como también promover el trabajo comunitario como una de las principales estrategias implementadas para afrontar y superar los diferentes eventos vividos

por la población en general, donde la cultura, el arte, el compartir, el diálogo y demás actividades propuestas ayuden a la población a afrontar y resignificar cada una de sus experiencias de vida.

En este ejercicio de la búsqueda de la verdad se pudo dar cuenta de cómo los espacios de creación y formación posibilitan las manifestaciones simbólicas como formas de nombrar aquello que no se ha expresado con palabras. Además, permite diseñar una serie de espacios desde la pedagogía, la exploración de los sentidos y la reflexión desde lo narrativo, para que las personas puedan tramitar un poco las experiencias de dolor que han sufrido, basados en el arte, la cultura el diálogo, la experiencia con materiales, aromas, sabores, colores y sonidos, que les ayudan a las personas a confrontar y expresar los eventos vividos, y superar secuelas que han dejado los acontecimientos presentados en las historias de vida.

Entender todo ello es clave para que el territorio emprenda acciones de perdón, reparación, reconciliación y no repetición desde una mirada sensible, en la que los ciudadanos amalfitanos sean vistos como sujetos de derecho en esa construcción de políticas de paz. En esa medida, ir más allá de las medidas administrativas para dar paso a espacios de reconstrucción de la verdad que involucren lo sensitivo, emocional y sensorial en clave de la construcción de nuevas subjetividades y abrir caminos hacia acciones de paz más estables y perdurables.

Referencias

- Ackerman, D. (1990). *Una historia natural de los sentidos*. Editorial Anagrama.
- Aguilar, H. C. (2008). Los lugares y no lugares en geografía. *Espacio y Desarrollo*, (20), 5-17.
- Gallo, L. E. (2011). La educación corporal en condición de sensibilidad, resonancias a partir de la obra de Friedrich Schiller. En Gallo, L. E. (Ed.), *Aproximaciones Pedagógicas al estudio de la Educación Corporal*. Funámbulos Editores.

- Ghiso, A. (2000). Potenciando la diversidad (Diálogo de saberes, una práctica hermenéutica colectiva). *Aportes*, 53, 57-71.
- Howes, D. (2003) *Sensual Relations: Engaging the Senses in Culture and Social Theory*. Ann Arbor: University of Michigan Press
- Larach, G. (2014). Nombrar lo innombrable: un acercamiento a las ideas estéticas de Herbert Marcuse. *Gimnasia - Ejercicios Contemporáneos*.
- Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. *Aloma. Revista de Psicologia i Ciències de l'Educació*, (19), 87-112.
- Mondragón, R. (2017). *Seminario de Hermenéutica para la Acción Cultural "Una mesa para compartir objetos"*. *Interpretatio. Revista de hermenéutica*, 2(1), 233-235.
- EVE. (2018). *Construir comunidad: los espacios de creación*. <https://evemuseografia.com/2018/07/23/construir-comunidad-los-espacios-de-creacion/>
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido* Editorial Trotta.
- Ruiz Martín del Campo, E. (1998). Subjetividad femenina. *Espiral*, V(13), 143-160.
- Sánchez, D. P. M. y Solorza, K. G. (2017). Arte de la tierra: experiencias de creación en la tierra. *Infancias Imágenes*, 16(2), 272-281.
- Serna, D. y Zapata, M. (2022). *Configuración de trayectos sensibles de la memoria, en clave de subjetividad, con la mesa de víctimas del municipio de Amalfi a través de los lenguajes orgánicos, corporales y artísticos*. [Tesis de pregrado, Universidad de Antioquia].
- Urueña, J. (2019). *Reflexiones alrededor de las prácticas estéticas colombianas, los relatos de memoria y su correlación con el discurso histórico de la violencia en Colombia*. Universidad de Antioquia
- Woodward, N. (2019). Mapear las memorias: Caracterización de los impactos inmateriales del conflicto armado en los Montes de María. *Economía & Región*, 11(2), 115-157. <https://revistas.utb.edu.co/index.php/economiayregion/article/view/167>
- Zemelman Merino, H. (2019). *Subjetividad y realidad social*. <https://repositorio.idep.edu.co/handle/001/2182>.